

mari jungstedt

Un juego peligroso

Traducción:

CARLOS DEL VALLE



MAEVA

SUECIA



GOTLAND



Era un caluroso día de mayo y caminaba sola por las calles de Milán. Al cabo de un rato fue a parar a una amplia *piazza* pavimentada, situada delante de una iglesia. La plaza estaba repleta de palomas: unas blancas, otras grises y algunas de un azul casi brillante. Revoloteaban como si se tratara de una alegre danza de apareamiento y algunas correteaban satisfechas sobre las baldosas calentadas por el sol, picoteando despreocupadas una migaja aquí y otra allá. A lo largo del gran espacio abierto había unos bancos atornillados en el suelo. Una madre acompañada de su bebé en un cochecito intentaba leer el periódico mientras dos niñas, sus hijas, corrían y jugaban con unas pelotas de plástico de distintos colores, que rebotaban sobre el empedrado ante la fascinada risa de las pequeñas. Detrás de un sencillo puesto, un hombre joven con las mangas de la camisa remangadas vendía almendras tostadas en pequeñas bolsas de papel. El hombre sudaba bajo el sol, con el pelo rizado pegado a la frente, y se secaba el rostro una y otra vez con un pañuelo. El dulce aroma de las almendras se esparció por la plaza y llegó hasta ella. Tenía hambre, se iba a reunir con una persona para almorzar en la parte vieja de la ciudad, hacia donde se dirigía, pero se tomó su tiempo y se detuvo a contemplar la plaza y disfrutar del espectáculo. Había un grupo de colegiales con uniforme verde a cuadros sentados en círculo sobre unas mantas, escuchando a su profesor, que con grandes aspavientos parecía explicar la historia

de la iglesia. Una pareja de enamorados se besuqueaba en uno de los bancos y, en otro, tres ancianas vestidas de negro conversaban bajo la sombra de los cipreses. En torno a la plaza se alzaban edificios de viviendas bien cuidadas y contraventanas coloridas. Esbozó una sonrisa al cruzarla y se adentró en los sinuosos callejones de La Brera, el barrio más antiguo de Milán.

Unas horas después se encontraba de nuevo en esa misma plaza, de camino a una reunión con su agencia. Tenía prisa. El prolongado almuerzo con su nuevo conocido había sido sorprendentemente agradable. Se sentía como si se hubiera enamorado. Aguardaba con expectación el futuro cercano que le esperaba cuando trabajara ahí, en la meca del mundo de la moda. Su cabeza estaba llena de pensamientos sobre el hombre al que acababa de conocer.

Cuando llegó a la plaza, tan animada horas antes, se detuvo en seco y miró estupefacta a su alrededor. La escena había cambiado dramáticamente. En el suelo yacían una treintena de palomas inertes y ensangrentadas. Reinaba un silencio alarmante. Habían desaparecido las ancianas, las niñas que jugaban y la pareja de enamorados.

Inspiró hondo. Parecía un campo de batalla minutos después de la masacre. En un instante la armonía había dado paso a la destrucción y la muerte. Las bonitas palomas yacían desperdigadas con las plumas manchadas de sangre. Los ojos cerrados, los cuellos laxos y los picos descansaban sobre el pavimento. Vio una pelota abandonada debajo de uno de los bancos. Alzó la vista y descubrió que las palomas que habían sobrevivido se encontraban, muy juntas, en los alféizares de las ventanas de las casas que rodeaban la plaza. Estaban completamente inmóviles. No se oía ni un ruido. Bajó la vista hacia uno de sus zapatos y descubrió una mancha roja. Se quedó mirándola llena de odio. ¿Era sangre de una de las palomas? Sus mejillas se sonrojaron a causa de una vergüenza inexplicable.

Conmocionada, tiró de la manga del abrigo de un hombre que pasaba por allí y preguntó qué había ocurrido. Este se encogió de hombros. ¿No la entendía?

Antes de encaminarse a la reunión echó una última mirada a las palomas muertas. Tenía la boca seca y le dolía la cabeza. Apenas era capaz de asimilar cómo la alegre vida de la plaza se podía haber transformado de una forma tan cruel en aquella total destrucción y oscuridad.

El taxi se aproximó a la entrada del Grand Hotel y se detuvo con suavidad. El edificio se encontraba en el corazón de Estocolmo, con vistas a Gamla stan y al palacio, situado en la otra orilla de la ría. La imponente construcción barroca, una de las más grandes de Europa, se encontraba medio oculta tras la niebla de noviembre. Además, comenzaba a oscurecer. En las negras y frías aguas del Strömmen se agrupaban patos, cisnes y gaviotas, esperando unas migajas de los transeúntes. A lo largo del muelle se mecían los blancos barcos del archipiélago, *Norrskär, Solöga, Vaxholm*, como un recuerdo agrisulce del verano lejano.

El hombre sentado en el asiento trasero pagó al chofer en metálico sin pronunciar ni una sola palabra. Vestía un traje de Armani gris plomo bajo el abrigo negro, una corbata de seda del mismo color y una camisa blanca con el cuello almidonado. Llevaba gafas de sol, a pesar de que la tenue luz del atardecer apenas conseguía atravesar las nubes. Quizá había consumido drogas, pensó el portero, que se apresuró a recibir al huésped. O no deseaba ser reconocido. Tal vez, simplemente, fuera una más de las tímidas celebridades que habían pasado por allí a lo largo de los casi ciento cincuenta años de historia del hotel.

El portero, impecablemente uniformado de frac negro y sombrero de copa, abrió la puerta del coche.

—Buenas tardes. Bienvenido al Grand Hotel.

Hizo una leve reverencia y dio un paso atrás.

El pasajero manoseó el cambio y asió su maletín antes de apearse.

De pronto se le cayó la cartera al suelo. La recuperó tan rápidamente que el portero no tuvo la más remota posibilidad de actuar. Cuando el hombre se agachó, los pantalones bien planchados se subieron y revelaron que bajo el traje de buen corte llevaba unos calcetines deportivos blancos. El portero arqueó las cejas. Una patente falta de etiqueta. Por lo tanto no se trataba de un pez gordo, sino más bien de un paleta que intentaba pasar desapercibido sin conseguirlo del todo. La falta de equipaje probablemente significaba que se dirigía al bar o a encontrarse con alguien para una cena temprana. Interesado, siguió al hombre con la mirada mientras este desaparecía tras las puertas de cristal del hotel.

El portero solía divertirse fantaseando sobre los clientes. Venían de todos los rincones del mundo. Príncipes árabes, estrellas de pop americanas, armadores griegos, ministros y jefes de Gobierno, reyes y reinas y diversas celebridades: Albert Einstein, Martin Luther King, Grace Kelly, Charlie Chaplin, Nelson Mandela y Madona se habían hospedado allí. Llevaba treinta años vigilando la entrada del hotel más famoso de la capital y estaba acostumbrado a casi todo. Sin embargo, nunca se cansaba de observar a la gente, de saber de sus vidas, su cultura, sus lugares de procedencia.

Retornó a su puesto detrás del atril, en el exterior.

A través de los grandes ventanales podía vislumbrar de inmediato a los clientes que se acercaban. Observaba con atención qué personas pasaban por la calle y cuáles se dirigían al hotel.

No pasó mucho tiempo antes de que el hombre de las gafas de sol regresara al vestíbulo. Parecía tener prisa y se dirigió decidido hacia la salida sin mirar a su alrededor. Como si deseara aparentar que el lugar le era familiar. Estaba claro que había algo extraño en él, algo no encajaba. Se movía con sobriedad, de manera rígida, con lo que causaba la impresión de ser o bien extrañamente reservado, o de sufrir dolor en las articulaciones.

En suma, que por alguna razón no quería o no podía moverse con naturalidad. Parecía nervioso e inofensivo. Un pobre diablo que por algún motivo había acabado en ese lugar, sumamente incómodo para él. Nadie sobre quien preocuparse.

El portero esbozó una sonrisa al pensar en los calcetines deportivos y alargó el brazo hacia el periódico vespertino colocado en una casilla del atril. Distraído, empezó a hojearlo.

Un minuto después ya había olvidado al hombre del taxi.

Cuando apenas quedaban un par de horas para el desfile que suponía el pistoletazo de salida de la Stockholm Fashion Week, reinaba un cierto caos en el vestidor provisional, montado detrás del escenario del jardín de invierno del Grand Hotel. Una decena de modelos de piernas kilométricas se apretujaban entre peluqueros, maquilladoras, asistentes y estilistas que ayudaban a fijar el cabello, rizar pestañas, ajustar cinturones, sacarle brillo a los zapatos o arreglar la caída de un vestido.

Jenny Levin se encontraba sentada en un taburete y se dejaba maquillar mientras observaba la confusión. Disfrutaba de la vibrante actividad, los nervios antes del pase, el ambiente agitado, la concentración total de todos los involucrados en sus respectivas tareas. Ella era una principiante, apenas llevaba un año trabajando de modelo, pero ya se había acostumbrado. Como si hubiese nacido para ello, pensó, y se miró satisfecha en el espejo. Llevaba el cabello rojo cobre recogido en un gran y esponjoso moño, algunos mechones sueltos aquí y allí. Parecían estar ahí por casualidad, pero era una ilusión, como todo lo demás. Cada detalle estaba cuidadosamente estudiado y planeado.

Jenny sabía que su rostro era considerado bello: pómulos bien marcados, ojos verdes ligeramente rasgados, una piel suave y tersa cubierta de pecas.

Separó un poco los labios mientras la maquilladora se los pintaba de rojo brillante. Jenny medía un metro ochenta descalza, y

tenía una cara infantil que le hacía aparentar no más de quince años, aunque ya había cumplido diecinueve. Su belleza fresca y virginal, junto a un indefinible misterio en la mirada, hacía pensar en una ninfa, lo cual era perfecto para los nuevos cánones de belleza, que predicaban que las modelos tenían que ser como criaturas surgidas directamente de la naturaleza.

Tras haber pasado su infancia en Gotland, en el campo, acomplejada por su estatura y su figura esquelética, Jenny había adquirido un nuevo punto de vista sobre su apariencia. Los atributos que antes la afeaban eran, de pronto, alabados como algo bello.

Cuando acabaron de maquillarla emitió un bostezo y estiró sus largas y delgadas piernas. No había dormido mucho por la noche. Al pensar en el porqué sintió un calor especial en sus partes íntimas.

En medio de la habitación los peluqueros trabajaban afanosamente detrás de sus modelos, dirigidos por André, el jefe, que con ojo crítico vigilaba que todos los peinados se ajustaran a la idea del diseñador y el estilista. André era un francés de corta estatura, y vestía unos vaqueros holgados, una camiseta negra y sandalias de ante. Con los cepillos en los bolsillos traseros, botes de spray entre las piernas y las horquillas en la comisura de la boca, daba los últimos retoques profesionales a los peinados, moldeándolos hasta la perfección. Todas las modelos tenían un pelo largo y espeso que había que domar en varios pasos. Primero hacía falta peinarlos meticulosamente, secarlos y alisarlos con planchas, para luego vaporizarlos y marcarlos con extraordinario frenesí. Las jóvenes permanecían sentadas pacientemente en sus sillas sin moverse. De vez en cuando las conminaban a ponerse de pie mientras André vaporizaba. Esto le ocasionaba ciertos problemas, pues apenas les llegaba a los hombros.

Al final, todas ellas lucían unas melenas fantásticas y brillantes, recogidas en altos moños o sueltas libremente sobre los hombros estrechos.

A un lado de la habitación las maquilladoras trabajaban con afán. Pintaban párpados, coloreaban pómulos, resaltaban los

labios. Las instrucciones eran que el maquillaje fuera tenue y discreto para crear una sensación natural. La atención debía recaer en las bocas, que se pintaban de un rojo intenso, con capas y capas de brillo de labios para crear la mayor impresión posible de humedad. «Pensad en los peces», dijo la estilista al transmitir sus instrucciones. Se dedicó mucho tiempo a colocar el maquillaje de base en los rostros; las modelos tenían que lucir una piel suave y tersa. Se corregían defectos, se depilaban cejas, se maquillaba un moratón en un muslo, se ocultaba con habilidad un incipiente grano con una base de la mejor marca, se aplicaba a las piernas una loción reluciente para que brillaran en el escenario.

A lo largo de las paredes había percheros con ruedas, provistos de una hoja con el nombre y la fotografía de todas las modelos. Allí colgaban en orden cada una de las creaciones que tenían que lucir esa noche: chaquetas, faldas, pantalones, chales, cinturones, sombreros, gorras y joyas que se guardaban en bolsas. Debajo, en el suelo, se encontraban minuciosamente colocados los zapatos y las botas, siempre diferentes para cada creación. Una imponente mezcla de sandalias de ante azul reluciente y zapatos de tacón de aguja, zapatillas de plataforma, botas mosqueteras grises, zapatos de plástico rosa chillón con tacones imposibles. El calzado estaba adornado con tachuelas, hebillas y piedras brillantes. Los tacones medían por lo menos diez centímetros lo que hacía que todas las chicas alcanzaran el metro noventa de estatura cuando se las calzaban.

Las modelos se movían con desparpajo entre el maquillaje, la peluquería y el vestuario. A veces hacían pequeñas pausas a la espera de ayuda. Alguna picoteaba una ensalada, otra hablaba por el móvil, una tercera permanecía sentada con expresión aburrida. Otras estaban concentradas en alguna conversación, como si estuvieran en una cafetería, indiferentes por completo al bullicio a su alrededor. Una belleza de ojos negros hacía el payaso frente al espejo, enfundada en unos *shorts* diminutos que hacían que sus piernas resultaran interminables; otra chica estudiaba con ojo crítico su vestido de ante con flecos color óxido,

sus uñas, pintadas con esmalte de color neón, brillaban contra la piel oscura.

Se hacían pruebas de vestidos y accesorios hasta el último momento. Nadie parecía fijarse en los cuerpos que se vestían y desvestían; se exhibían pechos desnudos y tanguas sin la menor vacilación. Todas las modelos tenían un cuerpo de chico con hombros rectos, barrigas planas, pechos pequeños y caderas estrechas. Brazos largos, piernas infinitas, pies grandes. Pómulos marcados, clavículas pronunciadas, espaldas musculosas.

Jenny Levin ya estaba maquillada y se hallaba en cuclillas en medio de la habitación, en tanga, mientras se abrochaba unos refinados zapatos de piel de serpiente con un altísimo tacón. Se puso en pie y buscó a la asistente que tenía que ayudarle a enfundarse el espectacular y reluciente vestido que abriría el desfile. Nada de sujetador, el diseñador quería que se notaran los contornos del pecho bajo la ajustada pieza. Enseguida apareció la asistente y juntas consiguieron que entrara en la prenda sin estropear el peinado.

A veces, en medio de todo aquello, a Jenny le embargaba una sensación de irrealidad. No podía comprender cómo su vida había podido cambiar de una forma tan profunda y repentina. Hacía solo un año ella era una colegiala normal. Todos los días eran iguales: iba en el autobús al instituto en Visby, asistía a las clases y tomaba algo con alguna amiga antes de volver a casa. Aprovechaba los fines de semana para montar a caballo y por las tardes quedaba con sus amigas. Por lo general, se reunían en casa de alguna, alquilaban un par de películas y pasaban el rato. De vez en cuando, si los padres estaban de viaje, había fiesta. Entonces bebían cerveza y alcohol casero.

Su vida cambió de golpe. De repente se acostumbró al champán más caro en los más lujosos clubes nocturnos que hasta entonces solo había visto en las revistas. Ahora era ella misma la que aparecía con frecuencia en las fotos mezclada con los famosos. Siempre vestía la ropa más bonita y en cualquier lugar la recibían con admiración.

Cuando apenas faltaban diez minutos creció la tensión entre bastidores. Hasta los vestuarios llegó el ruido del público, que empezaba a tomar asiento al otro lado del *backstage*. Una sugestiva música tecno vibraba a través de los altavoces y caldeaba el ambiente.

Jenny controló por última vez el cartel con los turnos que colgaba en la pared. Saldría la primera, y era muy consciente de la razón. No había duda alguna de que ella era la estrella del grupo. Y este desfile resultaba particularmente emocionante. Esa noche él asistiría. Había decidido intentar no pensar en ello, no dejarse influenciar.

Repasó mentalmente los ocho cambios de ropa que tenía que hacer durante el pase. Lanzó una rápida mirada hacia su perchero, todo parecía estar en orden.

El estilista reunió a las modelos, que a esas alturas estaban tensas y a la vez risueñas, para una inspección final. Alineadas junto a la cortina recordaban a las mujeres de Toulouse-Lautrec. Con sus llamativos moños, sus vestidos extravagantes y sus labios rojos parecían salidas de algún retrato de los bajos fondos parisinos de hacía más de un siglo.

El estilista silenció el cuchicheo de las deslumbrantes bellezas y las instó a concentrarse en su tarea. Había llegado el momento. Jenny se puso los auriculares para tener contacto con los técnicos. Faltaba un minuto. Al otro lado de la cortina se oía el susurro emocionado de los seiscientos invitados.

Los maquilladores se movían apresurados entre las modelos. El maquillaje se perfeccionaba hasta el último segundo, al igual que los peluqueros vaporizaban y retocaban los peinados.

La emoción del ambiente se apoderó de Jenny, que adoraba ese momento. La mente se le vaciaba los segundos previos al comienzo del desfile. Observó con atención al estilista, le dieron luz verde, se corrió la cortina y salió a la pasarela. Ante su aparición, un murmullo recorrió la audiencia. Se detuvo un instante, no pudo evitar una sonrisa. Buscó la mirada de él y la encontró enseguida.

Luego siguió caminando.

La pálida luz de noviembre conseguía abrirse camino, con dificultad, a través de los escasos resquicios que se abrían entre las compactas nubes. Los cantos rodados de la playa permanecían intactos, hacía tiempo que nadie paseaba por allí. El mar estaba gris y en calma. Más allá, modestas olas rompían rítmicamente contra los islotes de rocas dispersos.

Anders Knutas, que acababa de salir al porche de su casa de verano, tiritó y se subió el cuello de la chaqueta. El aire era fresco y desapacible, y la fría humedad penetraba debajo de la ropa. Apenas hacía viento. Las ramas desnudas del abedul junto a la verja no se movían. Se encontraban cubiertas de gotas de agua que refulgían bajo la luz matutina. El suelo estaba blando a causa de las pequeñas hojas amarillas caídas con la llegada del frío otoñal, aunque en el jardín aún florecía alguna rosa que otra. Sus tonos rojizos relucían en el ambiente plomizo que evocaba otra época.

Salió al camino de grava que serpenteaba paralelo al mar. Su casa se encontraba a un par de kilómetros de Lickershamn, un antiguo pueblecito de pescadores situado al nordeste de Gotland, también conocido como Stenkusten. Hoy en día era un paraíso veraniego, con apenas unos pocos residentes fijos, y en esta época del año estaba tranquilo y él disfrutaba de la silenciosa calma.

Knutas, que era una persona madrugadora, se había escabullido de la cama sin despertar a Line. Ella dormía como un tronco,

como de costumbre. Apenas eran las ocho de la mañana del sábado y se encontraba solo en el camino. Era irregular y estaba embarrado, por todas partes había hoyos llenos de agua a causa de la lluvia nocturna. En la franja costera, cubierta de hierba, se veían unas cuantas barcas boca abajo; una de ellas pertenecía a Knutas. Le gustaba mucho pescar y hacía años que pertenecía al club de pesca de Lickershamn. En esa zona se daban bien la trucha marina, el salmón, el lenguado, el bacalao y el rodaballo. Solía acompañar a su vecino Arne, que era pescador, y una de las pocas personas que vivían en el pueblo durante todo el año.

A lo largo del camino crecían juncos que ahora se hallaban amarillentos y combados, algunos escaramujos brillaban con un rojo primoroso, y de un retorcido manzano aún colgaban una docena de manzanas doradas.

A lo lejos, acantilados de piedra caliza se precipitaban dramáticamente hacia el mar. Jungfrun, el gran *raukar*, se recortaba contra el cielo y protegía el pequeño puerto donde ahora solo había amarrados un par de pesqueros y algunas barcas. No se veía un alma.

El viernes por la tarde Knutas salió temprano de la comisaría y recogió a Line en el hospital de Visby, después de que ella finalizara su turno en Maternidad, y condujeron hasta la casa de verano. Arne les había telefonado para informarles de que se había caído un árbol de su jardín a causa de la última tormenta de otoño, que unos días antes había azotado con fuerza la isla. Habían decidido pasar allí el fin de semana y limpiar. Después de que el matrimonio hubiera permanecido en punto muerto durante algún tiempo, ahora se esforzaban por reencontrarse. Y se sentían bastante bien.

Alguna que otra vez, durante el último año, Knutas llegó a pensar que el divorcio era inevitable. Line se había apartado, parecía no necesitarlo de la misma manera que antes. Solía hacer cosas por su cuenta, se iba de viaje durante el fin de semana a Estocolmo y salía con sus amigas. Junto a Maria, que era fotógrafa, había pasado todo el mes de octubre en Cabo Verde para retratar

la mortalidad materna. Maria escribía y hacía fotos, y Line la acompañaba en calidad de comadrona e investigadora. Cuando Knutas protestó tímidamente, ella le explicó enfadada que la mortalidad de las mujeres después del parto era un gran problema en los países en vías de desarrollo al que había que prestar atención, y que ni se le ocurriera ponerle trabas para el viaje.

Knutas nunca pudo imaginarse lo solo que se sentiría sin Line. Los gemelos, Petra y Nils, tenían diecisiete años y cada vez pasaban menos tiempo en casa. A Petra siempre le había interesado el deporte y disfrutaba de la vida al aire libre. Hacía años que jugaba al *bandy* sala, pero su verdadera pasión era la orientación, a la que dedicaba la mayor parte de su tiempo libre. Varias tardes tenía entrenamiento de carrera y los fines de semana que no tocaba partido, pasaba el tiempo con sus amigas en Svaidestugan, a las afueras de Visby, donde se hallaba el club local de orientación y había varios senderos de entrenamiento. Hobbies sanos, sin duda, pero que implicaban que él apenas la viera.

Nils era totalmente opuesto a su hermana. No le interesaba lo más mínimo todo lo que tuviera que ver con el deporte y el ejercicio. Perteneía a un grupo de teatro y tocaba la batería en una banda que ensayaba todas las tardes. Por supuesto, Knutas se sentía contento de que los niños tuvieran intereses. Ambos sacaban buenas notas, así que en realidad no se podía quejar. Empezaban a independizarse de Line y de él, lo que significaba que ellos, como padres, tenían que hacer lo mismo. Line no parecía pensar que eso fuera un problema. Se adaptó a la situación y, a cambio, buscó nuevas ocupaciones. Como ese viaje a Cabo Verde, que resultó una verdadera tortura para él. Ya la primera noche, al regresar a casa después del trabajo, le pareció que las paredes se le caían encima. Al otro lado de la ventana se cernía una compacta oscuridad otoñal, a pesar de que eran apenas las cuatro y media. Encendió todas las luces y puso la tele, pero no consiguió desprenderse de la sensación de abandono. Y cada día fue a peor. Si los niños se quedaban a dormir en casa de algún amigo o no iban a cenar, se le quitaban las ganas de cocinar, o siquiera prepararse un café. Padeció ese mes en silencio, sin tener muy claro si el

vacío se debía a que echaba de menos a Line en particular o a la vida en pareja y la compañía en general.

El día antes de que ella regresara se apoderó de él una energía repentina. Limpió la casa a fondo, llenó la nevera y la despensa de comida y compró flores, que colocó en un florero sobre la mesa. Se esforzó al máximo por ser cariñoso y atento. Y obtuvo resultado. Conversaban con frecuencia, tenían un trato agradable y empezaron a acercarse más el uno al otro.

El viernes por la tarde despejaron el jardín, rastrillaron las hojas e hicieron una hoguera. Acabaron el día preparando juntos una rica cena y luego se quedaron sentados frente al fuego bebiendo vino y charlando. Hicieron el amor antes de dormirse y fue casi como en los viejos tiempos.

Knutas inspiró el fresco aire marino y continuó caminando. Pasó entre una serie de casas que estaban habitadas todo el año, de las que salía humo por la chimenea. Más allá vio que había luz en una ventana. En las copas de los árboles se balanceaba una bandada de grajillas negras que, al acercarse él, salieron volando entre sonoros graznidos. Lo mismo sucedió con las aves marinas posadas en grupos sobre las rocas del mar. Cuando alzaron el vuelo, Knutas cayó en la cuenta de que había muchísimas.

Los cobertizos de pesca que se alineaban junto al muelle estaban vacíos. Algunos de los más grandes se habían acondicionado como viviendas de verano, con pequeñas cocinas y espacio para dormir. Se sentó en un banco y observó el mar. La última vez que estuvieron allí, una tarde de septiembre se habían bañado. Recordó el cuerpo rollizo de Line, su piel suave y blanca; la larga melena pelirroja y rizada, su sonrisa y sus ojos cálidos. La seguía queriendo.

Cuando regresó a casa ella estaba sentada en el porche. Vestía una larga chaqueta gris y calcetines de lana y sostenía una taza de café entre sus manos blancas y pecosas. Lo saludó alegre con la mano y esbozó una sonrisa cuando él salió del camino. Knutas le devolvió el saludo.

Al llegar a la carretera que unía la isla de Furillen con la costa noreste de Gotland, Jenny Levin bajó la ventanilla hasta la mitad y aspiró el olor a mar. Llevaba un tiempo sin ir por allí y se había olvidado de su belleza. Solitaria, árida y rodeada de mar, mar, mar. A lo lejos vio unos aerogeneradores elevarse hacia el cielo, sus palas giraban vacilantes movidas por el poco viento que había. La playa estaba desierta, la carretera repleta de baches y polvoriento. El paisaje era árido, rocoso; cuanto más alto subían, más pelado. Como un paisaje lunar, alejado de cualquier rastro de la civilización.

El fotógrafo Markus Sandberg iba al volante del coche de alquiler y ella ocupaba el asiento del copiloto. En el asiento trasero se encontraban Maria, la maquilladora, y Hugo, el estilista, que trabajarían en la sesión fotográfica. Se estimaba que duraría tres días. Ambos hablaban en susurros y parecían totalmente concentrados en su conversación privada.

Tanto mejor, así Jenny podía disfrutar tranquilamente de su acompañante en el asiento delantero, siempre y cuando se atreviera a posar la mirada en Markus. No podía creer que fuera tan atractivo, tan maduro, tan experimentado. Era uno de los fotógrafos más codiciados en el mundo de la moda y el favorito de las agencias. Había viajado por todo el planeta y había trabajado con todas las grandes modelos, estilistas y revistas. Estaba ligeramente bronceado, tenía unos brazos musculosos con unos

cuantos tatuajes pequeños, una pulsera de plata alrededor de su muñeca venosa, una barba negra de dos días, labios carnosos y unos ojos intensos de color azul oscuro. Su cabello era espeso y casi negro, sin un indicio siquiera de que empezara a perderlo, a pesar de sus casi cuarenta años. No los aparentaba; parecía mucho más joven, pensó Jenny, treinta años quizá. Markus se preocupaba por su físico, iba al gimnasio, cuidaba con esmero su barba y podía pasar mucho tiempo delante del espejo hasta dar con el peinado perfecto. «He dedicado mi vida a las apariencias», le dijo sin rodeos cuando ella se burló de su vanidad. «Tanto en el trabajo como en privado. Si no me preocupo de mi apariencia, ¿de qué debo preocuparme? Eso es lo único que sé hacer, resaltar lo mejor de mí y de otros. La belleza es la pasión de mi vida.»

A primera vista, su forma de vestir podía parecer informal y poco estudiada, como si todo lo que se pusiera sencillamente le sentara bien. Un chal alrededor del cuello, unos vaqueros desgastados en el lugar correcto, un jersey estampado en apariencia sencillo. Pero si uno lo observaba con más atención descubriría que llevaba las marcas más refinadas. Era extremadamente *sexy*, pensó ella, y deseó que llegara la noche para compartir lecho. Markus había insistido en que se hospedaran en una de las cabañas aisladas que pertenecían al hotel, destinadas a los clientes que no deseaban ser molestados. A Jenny no le emocionaba la idea, no creía que fuera una experiencia especialmente atractiva. Markus le había contado que las cabañas se encontraban dispersas y alejadas, a un kilómetro del hotel, y que estaban escondidas entre los arbustos y los árboles. Carecían de agua y electricidad, solo había lámparas de queroseno y una estufa de leña para calentarse. Ella prometió dormir con él. Lo positivo era que podría escabullirse hasta allí, pasar la noche y regresar a su habitación del hotel por la mañana temprano sin que nadie se diera cuenta.

De momento, su relación era secreta. Se preguntaba cuánto tiempo tendría que pasar antes de que pudieran mostrar su amor en público. Markus estaba soltero, no tenía hijos, y cuando el

resto de modelos hablaba de él, aseguraban, convencidas, que no se casaría. También estaban de acuerdo en que no era de fiar. Tenía un pasado como fotógrafo de chicas ligeras de ropa para distintas revistas de hombres y fama de cambiar continuamente de pareja. Al principio, eso de sus fotografías de desnudos preocupó a Jenny, pero ahora no le importaba. Todo el mundo tenía que empezar trabajando en alguna parte. Aunque procuraba no mirar sus viejos retratos de chicas exuberantes que parecían estar deseando hacer el amor con el fotógrafo en cualquier momento. Al principio, se sentía cohibida, él estaba acostumbrado a ver desnudas a las mujeres más bellas, y eso la ruborizaba y hacía que le resultara difícil relajarse con él. Pero Markus consiguió convencerla de que no significaba nada, que aquello pertenecía al pasado, que no se sentía orgulloso de ello y, además, ella era la más guapa de todas. Así que había decidido ignorar las habladurías maliciosas sobre Markus. Como esa de que nunca se enamoraría de verdad de una mujer.

Jenny observó su atractivo perfil. Quizá solo se tratara de que no había encontrado a la persona correcta. Se imaginó que estaban los dos sentados en el porche de una casa grande y lujosa junto al mar, con varios niños pequeños jugando alrededor. ¿Y si fuera ella y nadie más quien consiguiera atraparlo? Se rio al pensar en ello.

—¿De qué te ríes?

Markus esbozó una sonrisa. El hoyuelo de la risa se marcó en su áspera mejilla.

—De nada —respondió Jenny—. De nada.

Volvió la mirada hacia la ventanilla. Era maravilloso ir a Gotland después de la frenética semana de la moda en Estocolmo. ¡Qué contraste con el ajetreo de la gran ciudad! Pasaron junto a las canteras de caliza abandonadas, inundadas por el agua. Más abajo se encontraba el hotel Fabriken, que desde allí parecía pequeño e insignificante. Ocupaba una antigua fábrica de piedra caliza, que se erguía en medio de una gran explanada de gravilla, rodeada de montículos de grava de caliza triturada con forma de pirámide. Se conservaban algunos

edificios de la fábrica, recuerdo de la actividad industrial que se había desarrollado en el lugar: una vieja trituradora de piedra, un almacén, un imponente muelle que se adentraba en el mar desde el cual, antiguamente, los barcos cargados de piedra caliza se hacían a la mar. En el centro de estas construcciones había una caravana de aluminio plateada de forma oval. Parecía fuera de lugar, como una nave que acabara de llegar del espacio exterior. Se preguntó si también se podría vivir allí dentro.

Hasta bien entrada la década de los setenta, había existido una próspera industria. Después, el ejército ocupó la isla y Furillen; hasta los años noventa se convirtió en una zona restringida de Gotland a la que no tenían acceso los extranjeros. Ahora apenas quedaban alambradas y las antiguas estaciones de radar permanecían allí como testigos de un tiempo pasado.

Cuando Jenny era pequeña, sus padres y ella fueron algunas veces de excursión a la isla. Iban a pasear por el paisaje árido, las playas desiertas y a recoger fresas salvajes en el bosque. Su madre conocía un sitio perfecto que siempre estaba repleto de bayas.

Ahora Jenny volvía para hacer algo completamente distinto. ¿Quién le hubiera dicho que la próxima vez que pusiera un pie en la isla sería en calidad de aclamada maniquí?

Hacía un año que la descubrió un cazatalentos de la agencia más prestigiosa de Estocolmo. Estaba de visita en la capital con su familia cuando él la paró en la calle y le preguntó si quería hacer una prueba fotográfica. Lo siguió a la agencia abrumada y halagada al mismo tiempo, y le hicieron fotos esa misma tarde. Al día siguiente el cazatalentos llamó por teléfono y la invitó a volver a la agencia en compañía de sus padres, ya que era menor de edad. La agencia y sus intenciones les causaron una buena impresión, dieron su aprobación y todo quedó resuelto. Jenny enseguida se hizo muy popular y no pasó mucho tiempo antes de que tuviera su agenda llena de compromisos. Como el trabajo de modelo le iba tan bien, después de Navidad dejó el instituto y empezó a dedicarse a la moda a tiempo completo. Viajó a Milán, París y Nueva York, donde se sucedieron los éxitos. En todas partes parecían apreciar su singular imagen. No

pasó mucho tiempo antes de que su nombre sueco fuera conocido en el ámbito internacional de la moda. Y tras aparecer en la portada de la revista más prestigiosa, concretamente en la edición italiana de *Vogue*, se convirtió en una de las modelos más codiciadas de Europa. El dinero entraba con fluidez en su cuenta corriente, eran sumas con las que nunca habría podido soñar.

Ahora se encontraba dentro de ese coche, de camino a una exclusiva sesión fotográfica junto a uno de los fotógrafos más reconocidos del país. Con quien además mantenía una relación. Markus había subrayado que al principio debían tener cuidado. Se trataba de un momento delicado, ya que acababa de romper con Diana, una modelo de la misma agencia a la que, al parecer, le costaba entenderlo. Diana podía llamar en mitad de la noche y mantenían largas e interminables conversaciones. Así que el asunto no estaba exento de complicaciones. Markus decía que si hacían pública su relación, Diana, que era muy temperamental, se volvería loca. Por eso era mejor esperar.

Habían llegado a un punto de la carretera con una abrupta pendiente hacia abajo. Volvió a dirigir la mirada hacia Markus. Por supuesto que tendría paciencia.

— ¡No puede ser verdad! ¡Qué tarde es!

Karin Jacobsson apartó la manta y salió de la gran cama de matrimonio. Estaba desnuda y su corta melena negra apuntaba en todas direcciones.

—¿Qué pasa?

Su compañero de cama se incorporó somnoliento. Entrece-
rró los ojos cuando ella encendió la luz del techo.

—No entiendo cómo me he podido quedar dormida. ¡No es posible!

Karin siguió lamentándose mientras se apresuraba hacia el cuarto de baño. Él no pudo dejar de admirar su cuerpo delgado y fibroso antes de que la puerta se cerrara tras ella.

—¿Puedes preparar café? Tengo que tomar algo, si no me muero.

Un instante después oyó el agua de la ducha. ¿Cómo podía alguien ser tan rápido? Era como una pequeña comadreja, pensó mientras se dirigía a la cocina. Una comadreja muy *sexy*.

Cinco minutos después se encontraban sentados el uno frente al otro en la luminosa y amplia cocina de Janne Widén en Terra Nova, una urbanización a las afueras de Visby. Hacía seis meses que se habían encontrado por primera vez en esa misma calle. Karin marcó el número de móvil de Knutas. Como de costumbre cuando ella llamaba, respondió al momento.

—Oye, me he quedado dormida. Sí, lo tengo. No, pero es verdad. Alguna vez yo también... Sí, sí, no importa. Iré en cuanto pueda. Vale, de acuerdo, no hay prisa. Bueno... Entonces, ¿no hace falta que salga pitando? Vale, qué bien. Nos vemos luego, ¿de acuerdo? ¿Qué? No, nada en particular, solo estoy un poco cansada. Mmm, no, ningún problema.

Colgó y miró a su nuevo amor, sentado al otro lado de la mesa. Al sonreír se le vio la separación entre los incisivos. La voz de Karin cambió de tono por completo.

—Bueno, la reunión con el jefe provincial de Policía se ha cancelado. Hasta después de almorzar no tengo nada que hacer.

—¡Qué suerte! Y yo tengo que quedarme en casa haciendo el equipaje.

—¿A qué hora sale el avión?

—Vuelo desde aquí a las seis y el avión de Arlanda sale a las ocho y media.

—Te puedo llevar al aeropuerto.

Janne se iba de viaje a España una semana con una de las cantantes de pop más conocidas de Suecia para hacer unas fotos promocionales. Le sirvió más café a Karin.

—Tu jefe parece ser un preguntón.

—Eh, es que no está acostumbrado. Él y yo solemos ser los primeros en llegar al trabajo por la mañana. Creo que nunca antes me había quedado dormida. Ni una sola vez en los quince años que llevo de policía.

—¡Increíble! Eres muy disciplinada. Tengo que decir que es un alivio ver que tú también puedes cometer errores, pequeña *miss perfect*.

—Venga, ¡corta el rollo! —Karin esbozó una sonrisa—. Me gusta el orden, simplemente. Además, tengo que predicar con el ejemplo.

Karin Jacobsson era subcomisaria de la Brigada Criminal de Visby y mano derecha del comisario Anders Knutas. Eran buenos amigos y llevaban muchos años trabajando juntos, aunque casi nunca se relacionaban fuera de la comisaría.

El otoño había transcurrido con relativa calma, no habían

sucedido grandes cosas, todo procedía sin contratiempos. Para ser sinceros, Karin había trabajado a medio gas. Ahora que por fin, por primera vez en muchos años, había conocido a un hombre con quien se sentía a gusto, y del que se había enamorado, deseaba pasar mucho tiempo con él. Por si eso fuera poco, se atrevió a ponerse en contacto con Hanna, su hija, a la que había dado en adopción, lo cual no resultó nada fácil.

Cuando ella se tomó el último trozo de tostada, Janne se puso de pie mostrando una sonrisa traviesa, la levantó en brazos y la llevó de vuelta al dormitorio.

—¿Qué haces? —rio ella.

—Son solo las nueve. Tenemos que aprovechar antes de que me vaya. No tienes nada que hacer hasta la hora del almuerzo, ¿verdad?